

El comercio del Estrecho

Antonio Hermosa

Jauad El Abase, un niño huérfano marroquí de 13 años, no sospechaba que iba a ser secuestrado y maltratado, y que iba a pasar toda una odisea cuando hace dos meses decidió intentar cambiar su suerte y viajar hacia *Eldorado* europeo en busca de trabajo y riqueza. A su pueblo natal, Bne Mellal, situado al Sur de Marruecos, cerca de Agadir, no le unía nada ni nadie. Trabajaba como aprendiz por un mísero jornal en un taller mecánico. Un buen día, y ante los reiterados comentarios de muchos adultos, decidió probar fortuna y comenzó su aventura. "Con el poco dinero ahorrado que tenía -comienza su narración Jauad- me subí a un autobús que me llevó directamente hasta Tánger. Allí contacté con un barquero al que después de mucho insistir convencí para que me incluyera gratis en una patera que iba a transportar inmigrantes hasta las costas andaluzas".

Junto a otras 50 personas desembarcó en Algeciras. La Guardia Civil los estaba esperando. Tras la detención, trasladó a los menores al centro de acogida de esa localidad gaditana. "A pesar de todo, yo estaba muy contento -afirma Jauad-. Ya estaba en España. Pero mi alegría duró muy poco. En el centro, otros chicos mayores me dijeron que nos iban a devolver a Marruecos. Entonces, y alentados por varios compatriotas que conocimos una tarde que salimos de paseo por la ciudad, otros trece muchachos y yo decidimos escaparnos".

Una tarde, Jauad y sus compañeros de aventuras se encontraron con sus supuestos salvadores. Éstos, tras invitarlos a beber y a comer en una cafetería algecireña, les llevaron a la estación de autobuses y les pagaron unos pasajes. "Nosotros preguntamos adónde nos llevaban. Nos dijeron que a Murcia. En aquel momento no sabía dónde estaba esa ciudad. Pero continuaba en España. El autobús salió a las once de la noche -continúa el pequeño- y al día siguiente, cuando bajamos de él, nos subieron en un coche que nos llevó hasta un cortijo viejo en medio del campo".

En ese momento comenzó la pesadilla de Jauad. Nada más llegar a la casa se inició un brutal interrogatorio. Los menores fueron agredidos: entre bofetadas y patadas les preguntan por sus datos personales. Quieren saber dónde residen y si tienen dinero. Les dicen que llamen a sus familiares más próximos por un teléfono móvil que les proporcionan. Los secuestradores les obligan a que expliquen su situación y pidan 150.000 pesetas por su rescate. "Yo empecé a llorar y les dije que no tengo ni madre, ni padre, ni ningún familiar -afirma asustado Jauad-. Todos entregamos el dinero que teníamos encima. Nos encerraron en habitaciones separadas. Después de tres días de preguntas y palizas, me metieron en un coche junto a otro muchacho que tiene un hermano que vive en Almería y que iba a pagar su rescate".

Al llegar a la comarca almeriense del Campo de Níjar, uno de los secuestradores lo bajó del vehículo y lo abandonó en un sitio desconocido para él. Cuando los raptos se fueron, Jauad se sintió desorientado. No confiaba en nadie. Un joven compatriota se acercó y le preguntó qué hacía allí. La necesidad y el hambre son más fuertes que el miedo y decidió explicar su dramática aventura.

Abandonado a su suerte

En pocos minutos se formó un círculo de inmigrantes para escuchar su historia. Dos decidieron llevarlo hasta la vivienda que ocupaban en la barriada nijareña de Atochares. La casa era un cortijo semiderruido ocupado por braceros extranjeros que trabajan de forma irregular en los cultivos bajo plástico de la zona. Estos telefonaron a los responsables del Sindicato de Obreros del Campo que les ayudaron en la presentación de sus solicitudes para obtener permisos de residencia en España.

Los sindicalistas acudieron en su ayuda. Uno de ellos, Abdelkader Chacha, también de nacionalidad marroquí, ante el estado de shock, miedo y nerviosismo que padecía el pequeño, lo trasladó hasta su casa, situada en el pueblo almeriense de El Ejido. "Como era de noche y estábamos a las puertas de un fin de semana -comenta Abdelkader., decidió llevarlo a mi casa. Todo el camino fui diciéndole que estuviera tranquilo, aunque él no paraba de advertirme que no tenía dinero para pagar su rescate. Al llegar, desperté a mi hijo y a mi mujer, y le aseguré que el lunes o el martes lo llevaría al centro de acogida. Le comenté que no se podía quedar conmigo porque si algún día llegaba un policía y me preguntaba de dónde venía, tendría que irse con ellos y a mí me podían detener por acoger en mi casa a un menor extranjero sin documentación".

Cuatro días después, Jauad fue entregado a los servicios de atención al menor de la Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía. Como al resto de los menores inmigrantes que llegan de forma irregular a España, la Fiscalía de Almería ordenó que se le realizaran pruebas osiométricas (medición de huesos por Rayos X) para determinar su edad real.

En manos de las autoridades

Atención al Menor lo trasladó a uno de los centros de acogida que tiene en Almería y lo incluyó en un programa de integración. Manuel Martínez, jefe del Servicio de Atención al Menor de la Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía, afirma que en lo que va de año en Almería se han atendido a 140 menores extranjeros, de los que 120 son de origen marroquí.

Ahora, después de un mes de estancia en este nuevo centro de acogida, Jauad trabaja en un programa de integración de menores.

Su deseo es ahora olvidar su pesadilla y aprender un buen oficio que le permita crecer en libertad dentro de España.